



CAPÍTULO VI

Es suyo, no cabe duda. Es el telegrama anunciado. Entre sus dedos ateridos, hoy más torpes que de costumbre, madrina dobla y desdobra la delgada hoja de papel azul: «Todo dispuesto. Iré á buscar Minnie jueves, á Viena. Geoffroy advertido. Mil gracias. Mauricio.»

Hacia ocho días que madrina esperaba este trozo de papel; pero le quedaba una esperanza confusa de que, por alguna razón, no llegaría. Pasaron ocho días y llegó la carta fatal donde venía el golpe decisivo. La instalación en Constantinopla había terminado. La época era favorable. A pesar de las instancias de madrina, lo mejor sería no retardar la marcha de Minnie. Papá

aprovecharía su próximo viaje á Viena para recogerla allí. Avisaría la fecha por telegrama.

Desde que madrina recibió aquella carta, cada campanillazo la causaba un estremecimiento, y con él la congoja particular, el palpitar jadeante que sólo conocen los que temen la muerte lejana de algún ser querido. Es horrible pensar que allá lejos, al otro extremo del mundo, se toman, sin que ella pueda intervenir, decisiones definitivas que van á transtornar su vida y la de Minnie. Es seguro que si Mauricio estuviese al corriente de todo, esperaría un poco más. Minnie tuvo el otro día una leve indigestión. Por otra parte, el tiempo está muy frío. ¿Y si la niña se resfriara en el tren; ó sí, al llegar, á causa de la diferencia de temperatura, pillase una insolación? Cuando uno es joven no piensa en todos los inconvenientes de las cosas. Madrina hubiera debido insistir con más empeño... Pero ya es tarde. Aquí está la orden de partida. No queda más remedio que obedecer... ¡Pobre Minnie! ¡Pobre madrina!...

Pero he aquí á Minnie que entra atropelladamente. Pronto, pronto; un poco más de hilo y un pedacito de cinta para terminar el delantal de Bobby... Madrina le da el hilo, y para escoger la cinta, se agacha sobre la mesa de tra-

bajo, acaso mucho más tiempo del que necesita. Pero las miradas de Minnie son perspicaces y su intuición casi infalible.

Mientras enhebra su aguja, pregunta con tono algo indiscreto:

—Madrina tiene usted muy mal semblante. ¿Ha ocurrido alguna desgracia?

Madrina se yergue. Por fin encontró una hermosa cinta color cereza. Se la dá á Minnie y dice: «No ha ocurrido ninguna desgracia. Ni nada que deba sorprenderte. He recibido un telegrama de tu papá».

¡Un telegrama! Minnie se endereza, boquiabierta. Un telegrama... ¿Es para... es para marchar? Madrina hace una señal afirmativa. Con una explosión de alegría, Minnie exclama: «¡Qué suerte!» Y manda á paseo delantal, hilo y cinta. ¡Marcha! ¡va á marchar! ¡Qué suerte! ¿Cuándo? ¿A qué hora? ¿Hoy? ¿Cuándo? ¿Han avisado al amigo Gouf? ¿Estará á punto el carruaje? ¡No vayan á perder el tren! ¿Y la maleta de Minnie, está preparada? Las preguntas se suceden, se precipitan, se empujan. Minnie salta entre explosiones de alegría. Madrina siente el corazón un tanto oprimido. Todos los chiquillos gustan del cambio. Es natural que Minnie se alegre al ir á reunirse á sus padres; lo contrario fuera ingratitud. No obstan-

te, á madrina la apesadumbraba la exuberancia de tanta alegría. ¿Conque no le importa un comino á esa chiquilla, marcharse, dejar tras sí los mil cariños que la rodearan durante tantas semanas?

Cual si Minnie adivinase los pensamientos de madrina, su exaltación se calma. Calla por un momento, reflexiona, y luego murmura gravemente, un poco sentimental: «¿Madrina, se pone usted triste porque voy á marchar?»

Madrina se explica. Claro, no la arrebatara que Minnie vaya tan lejos; no obstante le satisface verla partir para una tierra tan hermosa, donde la esperan sus padres. Minnie declara haber comprendido. Perfectamente: una persona mayor ha de hablar como madrina acaba de hacerlo. Pero, en su fuero interno, Minnie se dice, que si se hallase en el lugar de madrina, no estaría contenta ¡ahl de ninguna manera. Y le parece que al fin y al cabo, tampoco madrina lo está del todo. Y Minnie se siente turbada. Se siente muy orgullosa al ver que una persona persona mayor, se emociona al separarse de ella. Y experimenta cierta confusión al encontrarse tan poco en armonía con ese estado de ánimo. Procura tomar un aire de compunción; pasa los brazos alrededor del cuello de madrina, la es-

trecha fuertemente, y dice: «¡Pobre madrina!»... Pero comprende que no sabrá mantener esta nota. Quiere mucho á madrina, le disgusta sin duda tener que entristecerla, pero se siente demasiado dichosa. Le sera imposible conservar todo el día el rostro afligido. Seria conveniente dar con algo que la consolase. ¡Minnie tiene una gran idea!

—¿Madrina, si viniese usted con nosotros?

Madrina sonríe, levanta sus ojos al cielo. Y lo toma dulcemente á chiste. ¡Pobre madrina, tan paralizada por su reumatismo! ¡Apenas puede subir al carruaje! Y ¿Minnie pretende hacerla pasar cuatro días en ferrocarril y luego pasearla tal vez sobre un camello? Minnie protesta riendo; defiende su proposición. Es muy perspicaz. No es necesario tomarlo tan en serio. Entonces entrevé otra solución: «¡Le escribiré muy á menudo, madrina!»

¡Ah! eso es distinto. Madrina se siente muy satisfecha de la promesa y se la agradece mucho á Minnie.

—Le escribiré cartas muy largas y se lo explicaré todo; será como si usted estuviese con nosotros.

Madrina aprueba con aire satisfecho. Bueno, cuenta con Minnie... ¡Hum! en el fondo ¿cuenta de veras con ella? Ella sabe los tirones de oreja que le

cuesta á Minnie escribir cuatro palabras á sus padres. Acaso madrina no preste demasiada fe á las extensas cartas que la niña promete. Y si pone talante de convencida, hácelo sencillamente para alegrar á Minnie. Además, tales cartas son el porvenir, algo hipotético y lejano. Así que madrina vuelve á entristecerse. Precisa, pues, en seguida, dar con algo que la consuele...

La mejor manera de consolar á uno, es hacerle un obsequio. Cuando Minnie tuvo que ir á casa del dentista, le dieron un perro mecánico. A este precio no sintió perder el diente. Hay que hallar un obsequio á propósito para madrina. ¿Pero qué obsequio? No es cosa tan fácil. Minnie tiene poco dinero. Cuando lo tiene no lo guarda demasiado tiempo en el bolsillo; en seguida lo reparte entre los pobres, las confiterías y los puestos callejeros de juguetes. Además, quién sabe si Minnie sabría comprar algo que fuese á propósito para una anciana... Mejor sería que diese á madrina algo de lo que le pertenece. Pero surge otra dificultad. Minnie no tiene grandes tesoros para ofrecer. Ha perdido uno de sus broches, el otro está roto; el reloj que casi andaba solo, también. Tiene la sor-tijita. Pero *precisamente* se la regaló madrina; no sería correcto devolvérsela. ¡No va á regalarle uno de sus juguetes!

Sin embargo hay que encontrar algo que sea un recuerdo, que le demuestre lo mucho que Minnie la quiere...

¡Ah! á Minnie se le ocurre una idea... no estaría mal... El único inconveniente es que resulta un poco duro. Su fisonomía cambia, por muchísimas veces, de expresión, bajo la huella de un combate interior. Pero Minnie no es de las que acostumbran á permanecer mucho tiempo indecisas. Ha tomado su partido. Se levanta y dice á madrina con cierta discreción: «Voy á buscar una cosa».

Poco después Minnie reaparece. Tiene en las manos el sapo gigante, detiéndose ante madrina y, ofreciéndoselo, dice: «Madrina, he pensado darle este sapo para que tenga un hermoso recuerdo de mí».

Madrina se siente profundamente emocionada. Conoce el museo de Minnie y sabe lo que significa para ella; sabe que el sapo es una de sus piezas más preciosas. Alcanzaría á comprender todo el valor del donativo de Minnie aunque no advirtiese el temblor que agita sus labios chiquitos y las lágrimas que le brillan en los ojos. Besa tiernamente á la niña y responde: «Gracias, Minnie, eres muy amable, me sabría mal privarte de tu lindo sapo».

Pero, con ademán resuelto, Minnie le indica que lo tome, y lo deposita sobre

las rodillas de madrina. Que madrina se quede con él. Minnie no puede explicar bien el por qué; al fin y al cabo es un poco difícil, y luego que no quiere llorar. Pero madrina ha de quedarse con el sapo.

Afortunadamente, madrina ha comprendido. El sacrificio de Minnie es el rescate de la alegría y de la satisfacción que le causa el marcharse. Aceptando, y convenciéndose de que, para alegrarla, Minnie se priva de un objeto que le es precioso, madrina sentirá aliviársele el corazón del peso que la oprimía, dará á comprender á Minnie que no le guarda el más leve resentimiento, que no la considera una ingrata, que sabe lo mucho que Minnie la quiere. En cambio, rehusando, se expone á desilusionar, á entristecer lo más delicado de su sensibilidad. Así es que, muy grave y muy sincera, madrina declara: «Bien, Minnie, puesto que tu lo quieres, acepto el obsequio. Lo pondré encima de la consola en recuerdo tuyo, y todos los días lo miraré pensando en tí.»

Esto es hecho; el sacrificio quedó consumado. Minnie siente un gran alivio. El esfuerzo que ha debido hacer sobre sí misma y la forma en que madrina ha acogido su obsequio las ha puesto al mismo diapasón. Ya está libre de malas interpretaciones. Puesto que madrina

ha aceptado el sapo, Minnie puede entregarse de nuevo á la alegría sin remordimiento alguno. Con la conciencia tranquila, satisfecha de sí misma, vuelve al tema interrumpido de su viaje. ¿Viena está más lejos que Burdeos? ¿Vendrá hoy el amigo Gouf? ¿Madrina ha enterado ya de su partida á la señorita Noemi, á Melania y á Orasia? La exaltación de Minnie necesita desahogarse. La pasea de estancia en estancia. La señorita Noemi tendrá que casarse con el amigo Gouf para acompañar á Minnie, y Melania entrará al servicio del sultán. Y Orasia acompañará á madrina cuando le hayan preparado una instalación.

De pronto óyese un campanillazo. Son los niños Peborde; avanza en primer término Lulú, sigue Sofia con su muñeca; Max cierra la marcha. Minnie se precipita á su encuentro.

—¿Sabéis la noticia? ¡Papá ha telegrafiado! ¡Dentro dos días marcharé á Constantinopla!

Al oír la noticia, emociones diversas se reflejan en los semblantes de los tres: Lulú nota la alegría de su amiga; el lapso de dos días representa para él un futuro indeterminado, y no le hieren las angustias de la separación. Así que toma un talante satisfecho y pregunta: «¿Me enviarás un camello?»

Soffa experimenta complejas impresiones. El hecho de que Minnie emprenda aquel viaje como una persona mayor le confiere una superioridad que ella envidia. Pero la idea de ir en compañía de un señor á quien conoce poco, hacia un país tan lejano y completamente desconocido, le causaría cierto temor; prefiere mil veces el colegio Vornage y la rutina ordinaria de los encapotados días parisienses.

En cuanto á Max, tórnase pálido y dice: «¿Te vas? ¿Con que es cosa resuelta?» Su acento es tan grave, nótese en su voz una vibración tan singular, que en medio de su exaltación Minnie se siente emocionada, helada. Responde en tono de excusa: «Sí, me voy; ¡ya sabías que esperábamos un telegrama!»

Cierto, Max lo sabía. ¡Cuántas veces pensó en ello, en aquel pedazo fatal de papel azul que debía llegar de tan lejos para causarle tanta penal ¡Ah! como se reiría ella—no, ella no se reiría, porque tiene buen corazón—cuanto se sorprendería, cuan profundamente se sorprendería esa pequeña Minnie rubia y rosada que le está mirando, si supiese las veces que se despertó sobresaltado por la noche, palpitante, angustiado por este presentimiento: «Hoy Minnie me dirá: Ya estoy de marcha.» Qué de veces, en medio de sus alegrías, embargó á Max

este pensamiento glacial: «Nuestra alegría acabará en seguida, pues Minnie debe marcharse. ¡Acaso ya esté en camino el telegrama!» Porque Max pertenece á esta especie de hombres á quienes el presentimiento roedor del porvenir, la angustiosa obsesión del mal que se aproxima, envenena los goces fugitivos del presente. En la alegría de las tardes pasadas al lado de Minnie, un sentimiento se grabó en él, un sentimiento que acaso le proporcionara el mayor encanto, pero que le hacía sufrir con violencia; pensaba que su rubia amigueta no era más que un ave de paso, una mágica y luminosa aparición que, á no tardar, desaparecería para siempre.

A menudo, este sentimiento le obsesionó hasta la congoja. Mostrábase resentido de que Minnie se alegrase, sin preocuparse por las amenazas del futuro. La dijo acerbas palabras que debieron molestarla, que le escapaban á pesar suyo... Hace un momento, al notificarle Minnie su marcha, no se sorprendió. Estaba preparado de antemano. No se sintió hondamente sacudido. Solo le pareció que algo se había desgarrado en él; sintió un frío inmenso y algo así como si el corazón se le vaciara. Minnie más impresionada por aquel dolor mudo que por calurosas protestas, le toma la mano y dice con gracioso mohín:

—Querido Max, ¿estás triste porque me voy? Mira, ¿sabes? yo también estoy muy triste por tener que dejarte.

Max la mira. Sí, es cierto, Minnie está todo lo triste que puede estar en semejante ocasión. Pensará un poquitín en su amigo Max y verterá una lágrima el día de la despedida. Pero cuando Minnie suba al tren, antes de que éste se ponga en marcha, doblará la hoja. Minnie no es de aquellas á quienes atormentan el recuerdo del pasado y la ausencia de los seres queridos.

Bien lo comprende Max, harto sabe que no puede desmentir su naturaleza, que no por ella ha de despertar en él resentimiento alguno, que él sabrá reconocerle las dulces y afectuosas palabras que la niña le ha dirigido. En toda alianza sentimental, ama uno y el otro es amado. Del amor, á Minnie no le quedará más—como no varíe mucho su carácter—que la dulzura, sana y alegre; jamás la pasión devoradora. En cambio, el destino de Max, débil muchacho de ojos soñadores, es sufrir acerbamente en lo íntimo de su corazón. Ya, al verlo pálido, mudo y concentrado, ¿quién dejaría de comprender que en este momento no es un dolor pueril el que le oprime, y que necesita acumular todo su orgullo para que no estalle su desesperación?... Mueve la cabeza y replica á Minnie con

cierta serenidad: «¡Harto sé, Minnie, que te entristece tener que dejarme! Pero pronto te consolarás. ¡En cambio yo... yo!...»

Se interrumpe. ¿Cómo expresar lo que será de él sin Minnie? Desde el día en que la conociera, iluminó su alma con destellos de alegría. Desde entonces ella es el centro al cual todo converge, la llama en torno á la cual van á mariposear todos sus pensamientos. Por la mañana Max despiértase alegre; verá á Minnie. Las horas transcurren menos tristes en el colegio: ella le esperará á la salida. El atardecer de todos los días es radiante: juega con ella. Y cuando Max se entrega al sueño, la imagen de Minnie anima sus sueños... Sin ella, todo es sombrío, glacial, azorante: los días, monótonos y pesados; la casa, lúgubre; papá, triste y distraído; la institutriz, áspera; Sofía, quejumbrosa y casquivana; Lulú, llorón; el colegio Vornage, insoportable; los condiscípulos, vulgares y odiosos; París, hostil, tumultuoso, violento, hirviente de clamores y de luchas, y al propio tiempo desierto, angustioso, egoísta; y la vida toda, la inmensa vida, está llena de asechanzas, de insidias y de dolores... ¡Oh, la desconocida, la azorante vida!... Ante tales perspectivas, Max se siente desfallecer y dice, sinceramente

sorprendido por su propia ocurrencia, hablándose á sí mismo más que á Minnie: «Oye, Minnie, si te vas, no voy á poder vivir». Y, sin saber por qué, piensa al instante en un suceso que leyó en un trozo de periódico. «Ayer encontróse en el Sena el cadáver de una niña; luego se comprobó que se había arrojado al río porque sus padres habíanla reprendido». Con mayor motivo podría uno arrojarse al Sena en circunstancias más graves. Bastaría deslizar un pie... Por un momento el agua zumbaría en los oídos... Luego uno se dormiría, se dormiría para siempre. Y terminaría la pesadilla de la vida, tan dura, tan cruel, tan dificultosa, y para la cual no habrá consuelo posible... Minnie se habrá marchado...

¿Cómo puede Minnie entrever algo de las visiones siniestras á que se abandona el alma desolada de su amiguito? No obstante, una angustia atroz la conmueve al advertir la nube de desesperación que encapota su semblante. Echándole los brazos al cuello, le dice en tono suplicante:

—Max, quisiera que me pidieses algo. Te lo daría enseguida para que vieras lo mucho que te quiero,

Pero Max mueve la cabeza. Minnie le dará palabras; muy sinceras, eso sí, y todas las que pueda apetecer, y aun

le hará algún presente, si le es posible. Pero esto á él no le importa. Esto no puede consolarle. Max no puede consolarle. Afortunadamente, pues ¿qué le quedaría sin el sufrimiento?

Minnie dice:

—Cuando volveré, seré mayorcita. ¿Entonces podremos casarnos, si tú quieres?

Max es un niño viejo. Estas palabras son una puerilidad. ¡Casamientos! eso no es cosa de mozuelos. No obstante le place que á Minnie se le haya ocurrido semejante idea. ¡Poseer á Minnie; poseerla para siempre!... ¡Qué dulce sueño! Y al propio tiempo ¡qué locural! Sin embargo, sonrío. Y Minnie, regocijada, coge al vuelo aquella sonrisa, la aviva, no la dejará escapar como una vana centella. No conviene vacilar. Y añade para probárselo:

—¿Quieres que nos casemos en seguida?

Max se encoge de hombros. Pero no puede contrariar á Minnie. Se ha empeñado en llevar á cabo la boda. Si Max rehusa, será porque no la quiere. Sofía y Lulú quedan vestidos de las funciones de damisela y mancebo de honor. Bobby sera el padrino. Y Orasia abandonará por un momento sus trebejos, para actuar de sacerdote. Todas las muñecas formarán el cortejo. Melania

le cubre la cabeza con un trozo de vieja muselina, arregla la chaqueta de Max con alfileres. Todo va adquiriendo cierto aire de solemnidad. Orasia oficia con una gravedad impresionante, y cuando su gruesa voz declara: «Quedáis unidos para siempre,» Minnie se muestra muy emocionada y Max también. Orasia ordena: «Dáos un beso.» Y Max, sonrojándose, besa á Minnie, quien también se sonroja, y le dice por lo bajo: «Ya estamos casados. ¡Me aguardarás!» En el fondo de su alma conservará Max un poco de infantil esperanza en aquellas palabras, y el beso de Minnie. Y quizás, á causa de la ocurrencia de Minnie, tendrá la fuerza suficiente para luchar, y para vivir, y jamás se leerá éste suceso: «Ayer fué extraído del Sena el cadáver de un muchacho de diez años.»

Llegó el día de la marcha. Anochece, llueve. El viento aulla. En el París parpadeante y fangoso, el carruaje rueda hacia la estación. A través de los cristales inundados, apenas se distingue á los transeuntes que luchan contra las ráfagas. Madrina y la señorita Noemi permanecen silenciosas. La obscuridad, el ruido de los cristales sacudidos, el feo hervor de la calle, añádense á su angustia. Pero se esfuerzan en aparecer

serenas, sonrientes, para no azorar á la niña. De vez en cuando cambian unas palabras. ¿Olvidó Melania los encajes de Minnie ó las enaguas de franela? La señorita Noemi tranquiliza á madrina. Todo está en su sitio. Vuelven al silencio, y el carruaje adelanta traqueteando en medio de la ciudad fúnebre...

Pero Minnie, alegre el alma, mira por la ventana y se interesa apasionadamente por el espectáculo. Claro que, cinco minutos antes, vertió una lágrima al despedirse de Orasia, de Melania y de Bobby. Y luego verterá una en honor de madrina y otra en el de la señorita Noemi. Pero en el curso de estas emociones, penosas ciertamente, aunque previstas y necesarias, hallará espacio para gustar del encanto pintoresco de este paseo nocturno por París. El resbalar del agua sobre los cristales es interesante, y las personas que chapotean ofrecen las más cómicas siluetas. Un obstáculo, para el cupé, á la esquina del boulevard Saint Germain. ¡Ay, qué gracioso! Las faldas y los sobretodos se arremolinan. Se ha vuelto del revés un paraguas. Una obesa señora, en pie sobre la acera, lucha contra la tormenta y descubre las pantorrillas. ¡Qué semblante pone tan gruñón! Un señor flaco le habla. ¡Ah, su sombrero

va á parar á un charcol... Minnie rie estrepitosamente.

Al oirla, madrina y la señorita Noemi se estremecen, miranse y cambian un discreto suspiro. Pero ¡ea! Minnie tiene razón: lo que turba y lacera sus almas temerosas, para ella no es más que motivo de curiosidad y ocasión de experiencia. Ignora Minnie el don funesto de añadir á las tristezas del presente, las penas del pasado y los temores del futuro. Recuerdos deprimentes, remordimientos tardíos, vanos escrúpulos, vagas aprensiones, inquietudes prematuras, presentimientos irracionales: Minnie prescinde de ese inútil bagaje. Los brinco de los transeuntes enlodados y el efecto de las luces sobre el mojado pavimento: he aquí lo que la divierte. ¡Lo demás para más tarde!... En tanto, la señorita Noemi, súbitamente alarmada, comprueba satisfecha que las tablillas de chocolate están en el maletín entre las medias de recambio y los pañuelitos.

Por fin llegaron á la estación. El carruaje rueda con lenta marcha entre un océano de camiones, de simones y de ómnibus cargados de paquetes y maletas. Ojos amarillos, verdes, bermejos, se ofrecen á sus miradas. Sobre el andén amontonan un sin fin de maletas, cestas, cofres, cochecitos para niños, bicicletas, baules. Un hormiguero de emplea-

dos y de viajeros se agita á su alrededor, perforado de vez en cuando por el paso de una carretilla. Los cocheros y los mozos de cuerda vociferan. Los automóviles berrean. Pero el agudo silbido de las locomotoras lo domina todo. Minnie dice algo; no se la oye. Madrina se agacha. La niña grita á su oído: «¡Es muy divertido esto!»

Abrese la portezuela del carruaje. La pequeña barrera de madera y cristal deja de proteger á los viajeros. Parece que la batahola exterior rueda sobre sus cabezas, martillee sus sienes, las aplaste. Madrina siente hendírsele la cabeza. Quisiera volver á cerrar la portezuela y decir al cochero que huyese, que la volviese á casa, al fondo del patio tranquilo, lejos de aquel infierno. Es una locura dejar partir á una chiquilla en semejantes condiciones. Hubiera debido explicar mejor á Mauricio y á su esposa que era imposible aventurar de ese modo á la niña. Es un crimen. Y ella es cómplice de él. ¿Si mandase un telefonema? Pero es demasiado tarde. ¡Santo cielo! Con terrible sacudida, la maleta de Minnie dá contra el suelo, al lado del cupé. Se habrá quebrado todo. Aparece el rostro de un empleado. El equipaje está abajo. Deben apearse. ¿Dónde van las señoras?...

Acurrucadas unas contra otras, madri-

na, la señorita Noemi y Minnie siguen al mozo de cuerda que atraviesa la muchedumbre. Para tranquilizar á madrina, la señorita Noemi ostenta en sus labios una sonrisa inexpresiva, finge la mayor naturalidad, va de derecha á izquierda, dirigiendo á los empleados preguntas absurdas que ellos acogen refunfuñando y encogiéndose de hombros. En medio de aquel tumulto, madrina sólo conserva un pensamiento: que no atropellen á Minnie. Que Minnie no se aparte de ella. Que no la arranque de su lado una de aquellas oleadas humanas. Si llegan al despacho de billetes sanas y salvas será por milagro. Empujadas, golpeadas, tambaleando, siguen avanzando. Minnie grita, gruñe, ríe y se enfada á un mismo tiempo, y de vez en cuando repite á madrina: «¿Verdad que es interesante?»

Por fin, concluyen las operaciones preliminares. La conmiseración indulgente de un hombre que lleva gorra, ha facilitado las cosas. Minnie tiene ya el billete, y el equipaje quedó facturado. Ya sólo falta dar con el tren y el amigo Gouf. Tras el mozo de cuerda que lleva en la mano el maletín de Minnie, madrina, la señorita Noemi y la viajera emprenden la marcha. Resueltas á llegar hasta el fin, ya son ellas quienes se abren paso á codazos, atropellan á los bobos, recogen

maldiciones, llegan victoriosamente al empleado que comprueba los billetes y, á costa de un supremo esfuerzo, logran por fin evadirse de aquella barahunda...

En el andén, si se tiene en cuenta el murmullo que llena la estación, nótese una relativa calma que envuelve los departamentos de los grandes expresos transcontinentales. Madrina afloja un poco la mano, y la señorita Noemi se arregla el sombrero... ¿Dónde estará el amigo Gouf? Debe de estar allá. Madrina en el fondo de su corazón vislumbra una débil esperanza. ¿Si alguna dificultad le hubiese retenido? Aun que se tratase únicamente de un fuerte resfriado pulmonar, ó un ligero esguince: los hay que, bien cuidados, pueden durar meses enteros. ¡Ay! delante de una portezuela dibújase la silueta del propio amigo Gouf y les dirige señales de bienvenida.

Está odioso. Jamás madrina lo halló tan feo y tan ridículo. Le pareció oportuno, sin duda con intención de imponerse, tomar ademanes de viajero profesional. Ostenta una gorra verde y una mantá amarilla. Minnie le examina y le pregunta:

—¿Por qué te has disfrazado de inglés?

Pero súbitamente lanza un grito de sorpresa y palmorea.

—¡Mire usted, madrina!

Está hecho una ridiculez. Madrina se

arrepiente de haber acogido al amigo Gouf con tanta mansedumbre... ¿Pues no le ha dado la ocurrencia de ponerse pantalón corto y medias escocesas?

No está mal. Bajo la mirada de madrina, el amigo Gouf se sonroja. Minnie brinca á su alrededor con extremado alborozo y mira de soslayo y con insistencia sus pantorrillas. El se envuelve púdicamente en su macfarlan.

Afortunadamente el mozo de cuerda pregunta donde debe depositar los paquetes de Minnie. Le llegó al amigo Gouf la ocasión de lucirse. Sucesivamente, alcanza, deja caer, recoge y cambia varias veces de lugar los paquetes. Luego ha de ir á buscar dinero para la propina... Esto le da tiempo para repenirse. Desciende con el semblante ya sereno.

Mientras la señorita Noemi y Minnie van á comprar una caja de caramelos, madrina queda sola en el andén con el amigo Gouf. Y, severamente, le acosa. Con talante ceñudo, le recuerda su deber y no le disimula las dificultades de su tarea. La doncella no se les reunirá hasta Nancy. Hasta allí, él será el único responsable de Minnie. Deberá procurar que la niña descansa y que se le mantengan los pies calientes. Sin que, á pesar de eso, entre en sudor. Porque si sudase, al abrirse la portezuela, pillaría

un resfriado. Un resfriado mal atendido, agravado por el viaje, podría traer consecuencias fatales. Las pulmonías obran con mucha rapidez. Madrina hace estas advertencias únicamente por consideración al amigo. Su responsabilidad ya terminó, á Dios gracias, de modo que puede lavarse tranquilamente las manos. Pero le gustaría que la niña no sufriera demasiado por la locura de sus padres y la incompetencia de su acompañante... El amigo Gouf baja la cabeza. No dice amargas palabras. Madrina tiene razón. Durante toda su vida se sintió incompetente para todo.

No obstante tiene ocasión de tomar un ligero desquite. Un adolescente que empuja una pequeña carreta, vocea: «¡Almohadas, cobertores!» Madrina lanza una mirada irónica al amigo Gouf. ¿Sin duda, no habrá siquiera pensado que Minnie necesitará descansar la cabeza en alguna parte?... Triunfante, el amigo Gouf exhibe dos almohadas. «¡He comprado además un par de cobertores!»

Vuelve á agachar la cabeza. Pase lo de las almohadas. Pero los cobertores son nidos de microbios. Nadie lo ignora. Minnie ya tiene el suyo.—¿Por qué los microbios, amigos de los cobertores desdeñan las almohadas? Sería intere-

sante aclarar esta cuestión biológica. Pero fuera imprudente pretenderlo... Por otra parte, madrina ya no presta atención al amigo Gouf. He aquí á Minnie de vuelta con la señorita Noemi. Trae en la mano la caja de caramelos y habla gesticulando. ¡Qué linda está con su toca roja, con su chaquetita de nutria que le ciñe un poco el talle, y su minúsculo bolso amarillo que le presta un verdadero aire de viajera! ¡Qué linda mujercita va á ser, decidida, avispada y alegre! ¿Pero no lo es ya? ¿Qué le falta para ello? ¡Apenas diez años! ¡Diez años! El amigo Gouf será casi un vejete y madrina ¿quién sabe desde cuánto tiempo dormirá bajo la tierra?

Mientras Minnie y la señorita Noemi se entretienen paseando, madrina y el amigo Gouf permanecen silenciosos, sentados en un banco. Los pensamientos que se despiertan en su interior, no necesitan ser expresados. Son los pensamientos, usuales y dolorosos que trae consigo una marcha. El tren que va á partir, la vana agitación, el supremo adiós, y luego la separación, el silencio; todo esto constituye la imágen eterna de la vida, constituye la imágen de la muerte. A hurtadillas, el amigo Gouf contempla el semblante de madrina, quien permanece distraída. Y bruscamente, siente un gran remordimiento

por no dar con algunas palabras que la consuelen un poco. Porque, en la angustia que desgarrá su corazón, madrina, por algunos segundos, olvida que no está sola todavía. Su voluntad desfallece; su disimulo la traiciona. Tumba sobre el banco su cuerpo abatido. Su vetusto semblante, avellanado y rugoso, se contrae, ridículo y lastimado. Solo sus ojos viven aún, fijos en Minnie, que no la mira. Y la contracción de todos sus rayos denota tal dolor, tal lasitud, que apesadumbra al que la mira; uno quisiera ver humedecidos sus ojos, los ojos agotados de la anciana que ya no pueden llorar...

Y el amigo Gouf siente su alma afligida por aquel dolor... Quisiera decirle algo para consolarla, algo dulce, que le diese á entender que no está completamente sola, que él por lo menos la comprende, y se hace humilde partícipe de su dolor. En ella sobrevive todo el pasado, todo cuanto amó. Es la madre de Clara-Angélica. Siente por ella un respeto tierno, infinito. Entre los vivientes, ella es la única que puede conmover ciertas fibras secretas de su corazón... Con la mirada suplicante, el acento filial, se le acerca y murmura: «¿Quiere usted tomar algo?»

Esta frase imbécil es lo único que alcanza á articular. Madrina le mira un

poco sorprendida y le da las gracias; mientras él se muerde los labios y siente impulsos de pegarse. Minnie se aproxima dando saltos: «Hay un perro en el departamento vecino al nuestro. Se llama Fox; es un hermoso *colley*. ¿Podré jugar con él en el pasillo, verdad? Vengan á verlo». Y van á ver á Fox.

Pero, de pronto, de un extremo al otro del tren se propaga un rumor:

—¡Señores pasajeros... al tren!

Los que por allí pasaban se precipitan á las portezuelas, cambian apretones de mano.

Llegó el momento de partir.

—¡Ea, Minnie, ven á decirme adiós!

En el semblante de madrina dibújase una sonrisa y la anciana tiende sus brazos á la niña. Minnie se precipita en ellos y la estrecha con todas sus fuerzas. ¡Oh! ¡qué pena tener que separarse de madrina! ¿Por qué madrina no la acompaña? Las lágrimas inundan sus mejillas. Madrina se emplea en consolarla... La señorita Noemi balbucea algunas palabras ininteligibles, hace muecas y se suena á cada instante. El amigo Gouf se vuelve con alguna confusión. Las públicas demostraciones hieren su pudor. Pero, en el fondo de su garganta, siente algo que le inquieta, que está á pique de hacerle berrear como un chiquillo.

—¡Señores viajeros al tren!

Las portezuelas se cierran. En medio de su llanto, Minnie se interrumpe:

—¡Pronto, pronto, no vayamos á perder el tren!—Escala el pedal. Se asoma á la ventanilla del compartimento. La señorita Noemi recibe algunas recomendaciones. La despedirá de Bobby. Dirá también muchas cosas á los niños Peborde, sobre todo á Max.. y también á Sofía y á Lulú. Escribirá á Minnie... Y Minnie le dará noticias suyas...

Por su parte, el amigo Gouf se despidió de madrina. Tendrá en cuenta sus recomendaciones. Obrará cuanto que sepa. Pero madrina hace un ligero ademán que anula cuanto haya podido decir antes, y se reduce á murmurar: «¡Se la confío á usted!»

Hay en el tono en que pronuncia sus palabras algo así como una súplica y al propio tiempo una confianza tan profunda, tan segura é inesperada, que el amigo Gouf se siente conmovido en lo más hondo de su alma. No de otro modo hubiera pronunciado estas palabras, si, en otro tiempo, le hubiese confiado el tesoro adorable que la muerte le arrebató. Bruscamente, el amigo Gouf adquiere la seguridad de que madrina conoce su secreto, de que no le guarda rencor alguno por haber amado á Clara-Angélica, de que sus asperezas y agresiones no son más que una

apariciencia, que entre la anciana y él existen preciosos é indestructibles lazos... Asoman á sus labios las palabras necesarias para expresarle delicadamente su agradecimiento... Pero no puede pronunciarlas. Redúcese, pues, á sacudir la cabeza con una sonrisa tranquilizadora y vaga...

Resuena un silbido. El tren se pone en marcha, resoplando. El amigo Gouf saluda con la gorra. Minnie envía besos. Más tarde, al cabo de mucho tiempo, cuando la preguntarán: «¿Te acuerdas de madrina?» se representará siempre en una vasta estación, á una anciana, de pié, agitando un pañuelo para despedirla...

Atravesando los murmullos y la barahunda, madrina y la señorita Noemi, vuelven al cupé.

—¡A casa!

Y el carruaje rueda á través de las ráfagas de París. Una y otra permanecen silenciosas. Madrina se abstiene de manifestar su dolor; fuera debilidad. Y la señorita Noemi pecaría de indiscreta, abandonándose al suyo. Así pues, permanecen una al lado de otra, mudas. Y sus pensamientos vuelan juntos allá abajo, en pos del largo exprés luminoso que conduce á Minnie hacia lo desconocido.

Pero, de pronto, la señorita Noemi lanza una exclamación de angustia:

—¡Creo que he olvidado el agua de azahar!

Madrina mueve la cabeza con desagrado y expresa largamente su pena. Y esto alivia á las dos. Pero la señorita Noemi, después de deplorar su atolondramiento se dá con la mano en la frente: ¡Ah! ¡no!

¿Perdió la cabeza? Recuerda ya perfectamente haber puesto el frasco en la maleta, al lado de la lámpara de alcohol.

El coche para. Ya están de vuelta á la calle de Varennes. Pero solo descende madrina. La señorita Noemi irá á enterarse de cómo sigue la señora de Marlins, que estaba muy grave.

El cupé se aleja. Lentamente, pesadamente, madrina sube los peldaños de la vasta escalera. Todo acabó. El sueño de dos meses se ha disipado. La noche envuelve la vieja casa sombría. Con Minnie desapareció la centella que la iluminara. Hay que proseguir la vida monótona y gris, larga preparación de la muerte. ¡Oh, sí, muy larga! No obstante, en aquel momento, juzga madrina que el término no está lejano. Jamás subió la escalera con tanta dificultad. Sus miembros parecen de plomo y le arrancan profundos gemidos. Diríase que su corazón va á detenerse. ¡Ah, si Dios quiere, el término no estará muy lejano!

Viéndose sola, al llegar á su puerta exhala un débil gemido. Es el único signo exterior que aliviará hoy un poco la tortura que la oprime.

Pero en el momento en que va á introducir la llave en la cerradura, párase y escucha. En el rellano del segundo piso oyóse cierto rumor. Levanta los ojos. Un rostro asomaba por encima del tramo; retirase vivamente, pero no lo bastante para que madrina deje de reconocerle...

—¿Es usted, Max?

Un rumor de ténues pisadas descende los peldaños. Y á la luz del gas, madrina vé aparecer ante sí á Max Peborde. El también quiere aparentar serenidad. Pero sus ojos enrojecidos, sus labios contraídos, el abatimiento general de su semblante, denotan su congoja. Madrina advierte en el niño un dolor tan profundo como el suyo, acaso más agudo. Y, bruscamente, su corazón se explaya:

—¿Espera usted algo, Max?

Max musita algunas sílabas confusas.

—Esperaba... Quería saber...

No es menester que se explique. Madrina le ha comprendido. Sí, Minnie ya ha partido. Le dió nuevos recuerdos para su amigo Max. Mañana llegará á Viena. Dentro de dos días tendrán noticias suyas...

Todo acabó. Perdióse la última espe-

ranza, la esperanza absurda, íntima, que sustenta el condenado hasta el instante en que agarra su cuello el instrumento de muerte.

—Gracias, señora, gracias; yo...

Tambaleándose, Max dá un paso para marcharse, pero no puede. Se apoya en el pasamano; los sollozos le ahogan, desgarran su pecho débil. Esto no puede soportarse. Pero siente dos manos que se posan dulcemente sobre sus hombros y le atraen; una voz indescriptiblemente tierna balbucea: «¡Pobrecillo! Volverás á verme y cada día hablaremos de ella.»

...A los que son objeto de sus amores, Minnie, la pequeña hada sutil, les ha dejado, al marcharse, un supremo recuerdo de despedida. Gracias á ella, madrina contará, desde aquel momento, con la ternura de un nieto, y Max con la de una abuela. Por haber pasado Minnie por allá, vivirán menos tristes.

... Entretanto, lanzando formidables resoplidos y silbidos estridentes, el rápido interminable hiende la noche y se interna en lo desconocido... Extendida sobre el banco, Minnie, antes de dormirse, se entrega á sus pensamientos. En el pasado lejano, allá abajo, tras sí, se confunden las figuras de madrina y de Max, y la silueta extravagante de la señorita Noemi. Pero mañana abrazará

á papá, y dentro tres días se hallará entre los brazos de mamá. ¡En Constantinopla!... El corazón de Minnie se estremece dentro de su pecho... ¡Oh! qué avance más deprisa, más deprisa, el largo tren que devora el espacio! La tierra luminosa está allá abajo, la milagrosa tierra donde los minaretes yerguen sus cúpulas; la tierra de los hombres con turbantes y de las mujeres caprichosamente veladas, la tierra que mecen las olas de zafiro del Cuerno de Oro. Todo eso pertenece á Minnie. Todo eso la espera. El Oriente la llama. Abre y cierra las manos para alcanzarlo. Los dones de la vida están á merced de su antojo. La niña siente ansias de caer sobre ellos, cual si fueran sus propios bienes...

Y, sonriente, Minnie se entrega al sueño, nimbada de azur y de luz. Y cada paso de la locomotora jadeante la aproxima al país radiante donde nace el sol.

FIN

EPILOGAL

UNIVERSITÄT LEON
UNIVERSITÄT
ANTONIO REYES
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



ANDRÉ Lichtenberger es uno de los más hábiles y elegantes escritores contemporáneos franceses. Conoció tiempo atrás por unas deliciosas narraciones de psicología infantil, publicadas en la revista *Je sais tout*; titulábanse *Mon petit Trott*. Confieso que no me porté hidalgamente con el delicadísimo autor de aquellos trazos; sin duda, tras la profunda impresión que proporciona la lectura de *Mon petit Trott*, el menos aficionado á la literatura hubiera seguido paso á paso la producción del meritísimo Lichtenberger. Y yo no lo hice. Pero la casualidad puso en mis manos otra obra de aquel autor, otro estudio de psicología infantil, más profundo, si cabe, que el que ya conocía, más bello, más interesante aún. Y esta vez sí que, después de haberlo leído, después de haberlo penetrado, como lo exige la traducción, aseguro que Lich-

tenberger formará entre mis autores predilectos.

La obra á que me refiero es MINNIE, la que va en este volumen; es un momento de la vida de una linda muchacha vivaz, alegre, graciosamente despreocupada, sanamente soñadora, amable, riende, halagüeña, que pasa cual una primavera, dejando tras sí la añoranza de sus gracias y sus perfumes. Atraviesa el encapotado cielo de París, ligera y alegre como una golondrina, y vuela hacia el luminoso Oriente, ávida de luz é intrigada por lo desconocido.

Minnie es una niña tan bella como *Manzana de Anís* de Francis Jammes, pero más alegre porque está sana, y, por lo mismo, más ingénuamente optimista.

La mayor parte de las obras de Lichtenberger han sido premiadas por la Academia Francesa. Tiene este autor pluma mañera y donosa, pulso firme, imaginación ardiente, ingenio sutilísimo y una psicología asombrosamente compleja (como podrá comprobarlo el que además de MINNIE haya leído, por ejemplo, *La muerte de Corinto*, hábil imitación de Sienkiewicz).

Es un poco sentimental, pero su sentimentalismo es enteramente sano. Algunos de sus personajes sufren intensa-

mente, se estremecen de dolor, pero rara vez lloran.

En las descripciones, en las narraciones de Lichtenberger nótese á veces un punto de ironía, pero el autor múestrase completamente desapasionado, así que su ironía no puede herir á nadie. No en el autor, sino en el mundo existen tan vanas preocupaciones, luchas ridículas, odios inveterados. El vé, observa y transcribe la realidad, embelleciéndola, pero sin alterarla; prestándola aquella acentuada perspectiva que reclama toda obra de arte.

Cierto crítico literario buscaba en André Lichtenberger la idea moral que éste pretendiera expresar en una de sus novelas, y, naturalmente, no alcanzó á hallarla; y esto que tanto intrigara al referido crítico, creo que viene á confirmar algo de lo que dije anteriormente; esto es: que André Lichtenberger es un escritor amoral, completamente desapasionado, aunque de las idas que explica puede sacar el lector una emoción sana, provechosas experiencias, oportunos consejos que, lo repito, no son don intencionado del autor, sino que se desprenden *naturalmente* de sus obras.

En la descripción física de sus personajes tiende un poco á la caricatura á lo Dickens.

Tengo para mí que André Lichten-

berger, á trueque de tanto observar anímicos procesos ha creado un tipo especial de esa agudísima invención que llamamos *novela psicológica*.

¡Ojalá á través de mi devota traducción pueda el lector adivinar las muchas bellezas que encierra el original!

A. A. T.

